

XXXVIII.

... y en torpe llama a
Persigue á la Vestal que huye asustada.
Perdona, Musa casta, si te ofendo
Con relacion de escena tan menguada.
Mas no consumará su plan horrendo
El impío; la vírgen angustiada
En riesgo semejante al cielo ruega,
Y el cielo á su socorro no se niega.

XXXIX.

De pronto en el palacio se oye el ruido
De mil voces confusas en tumulto:
Las puertas hiere golpe repetido.
Hieroacles se estremece; pasmo oculto
Causa Dios en su seno corrompido
Que le hace suspender el torpe insulto.
Cimódoce: "la Virgen es, malvado,
"Del crimen serás ahora castigado!"

LX.

Crece el ruido, la grita y el estruendo:
Abre aquel un balcón que al atrio daba,
Y ve una turba inmensa circuyendo
A un viejo que en su mano tremolaba
Ramo de suplicante. Con horrendo
Fracaso todo el pueblo en voz gritaba:
"¿Dése la hija, entréguese el tirano
"A aquel que suplicó al pueblo Romano!"

XLI.

A estos gritos la Homérida veloce
De un brinco al corredor salta: ¡ó sorpresa!
En el viejo á su padre reconoce
Que de arengar al público no cesa,
A su hija el Homérida conoce
Que los brazos la tiende y llama apriesa,
Un grito se levanta "¡es ella, es ella,
Hija del sacro Antiste Vestal bella!"

LXII.

A sus siervos Hierócles manda en v
Roben la que su esclava ser decia.
La turba con furor: "Guarda, tirano,
"No laves á esa vírgen tu osadia,
"O la vida te arranca nuestra mano."
El soldado que viene en compañía
Del pueblo, tira entonces del acero,
Y amenaza al traidor con grito fiero.

XLIII.

Oyendo tal estrépito, con susto
Galerio apareció, de su milicia
Y corte rodeado. "César justo,
"Justicia! clama el pueblo, haced justicia!"
Con su mano el silencio manda Augusto.
El Prefecto de Roma: "¿Qué injusticia
"Pretendeis os repare el Soberano?"
A Demódoce el pueblo: "Hablad, anciano."

XLIV.

“Prole Hercúlea, eternal, César clemente,
“Ten compasion de un padre y su hija triste,
“Que en tu palacio mismo un insolente
“Se atreve á violentar. Yo soy Antiste
“De inmortales, de Homero descendiente,
“Y el velo de las Musas mi hija viste:
“Ruégote, César ínclito, que ampires
“La inocencia, las canas, los altares.”

XLV.

Hierócles desde el pórtico responde:
“Augusto emperador, nacion Romana,
“De este hecho verdad se os esconde!
“Esta jóven es griega y es cristiana;
“Como sierva por tal me corresponde.”
Demódoco: “No es fiel ella es pagana!
“Y yo, yo soy de Roma ciudadano;
“Hija esclava jamas tuvo un Romano.”

XLVI.

Todo el pueblo á una voz: “De fiel la acusa!”
El anciano: “No lo es! Progenie clara
“De Homero, sirve el templo de la Musa
“Que inspiró...” “Es fiel? es fiel? aquel clamára;
“Que ella misma responda y dé su escusa.”
Entonces la doncella levantára
Sus ojos hácia el cielo, y con voz fuerte:
“Soy cristiana, responde, hasta la muerte.”

XLVII.

Hierócles: “Ya lo veis, prorrumpe ufano;
“Es cristiana, y es sierva.” Fluctuante
El pueblo entre el furor contra el cristiano,
El odio contra el áulico arrogante,
La piedad con un padre y triste anciano,
En tan varios deseos vacilante:
“Sufra, dice, la suerte de cristiana;
“Mas sierva no será, siendo romana.”

XLVIII.

Galerio con un signo de cabeza
La sentencia aprobó que el pueblo ha dado,
Y Publio la ejecuta con presteza.
Agusto, á su aposento retirado,
Se indigna al ver hollada su grandeza,
Del palacio el asilo violado,
Y un golpe al esplendor de su corona:
A Hierócles de este hecho no perdona.

XLIX.

El Prefecto de Roma viene luego:
“La cristiana está presa, y el tumulto
“Calmado, Roma goza de sosiego.
“Mas Hierócles, ó César, no lo ocultó,
“Ha podido escitar un voraz fuego.
“El se dice enemigo de ese culto,
“Y conserva la vida al gefe odioso
“De quien por esa jóven es zeloso.”

L.

Como hábil cortesano ve el efecto
Que produce en Augusto tal lenguaje.
Dase prisa á añadir el vil Prefecto:
“Mas no es este, señor, el solo ultraje
“Que os hizo: á creer al Griego abyecto,
“De quien vos habeis hecho un personaje
“Colmándolo de honores y de bienes,
“El puso la corona en vuestras sienas.”

LI.

Publio se interrumpió, cual si ocultára
Nueva injuria que calla comedido.
Galerio, sonrojándose, declara
Que su llaga secreta habia herido.
El Prefecto de Roma no ignorára
Que Doroteo á Roma habia venido;
Su vista con Demódoco; el intento
Con que éste provocaba un movimiento.

LII.

Publio hubiese podido fácilmente
Evitar el motin; lejos de hacerlo
Al anciano mandó secreto agente
Para ordenar su plan y sostenerlo,
Viendo contra el valido un espediente
Que en la gracia imperial debe perderlo.
Daeño de los resortes de su intriga,
Con su plática á Augusto á la ira instiga.

LIII.

Apenas con efecto se contiene:
“Que perezca ese fiel, esclama airado,
“Con los perversos cómplices que tiene:
“De todos á una vez sea vengado.
“Yo veo con pesar que no conviene
“Conservar á Hierócles á mi lado:
“Sus servicios antiguos premiar quiero,
“Y el mando del Egipto le confiero.”

LIV.

Rebosando el Prefecto de alegría:
“Descansad, César ínclito; ese aleve
“Al punto va á pagar su rebeldía:
“A falta de testigo que la pruebe,
“Le basta ser cristiano. Su osadía
“Satisfará la Griega con la plebe.
“A Hierócles llevar voy al momento
“De vuestra Eternidad el mandamiento.”

LV.

Así dice, y su suerte luego hiciera
A Hierócles saber. El desgraciado
Cien veces la imperial carta leyera.
En su pálida frente, ojo estraviado,
Los labios entreabiertos, esprimiera
La agonía del áulico malvado
Que en un instante ve desvanecida
La grandeza ilusoria de su vida.

LVI.

“Venciste, prorrumpió, Dios del cristiano!
 “Por Cimódoce á Eudoro alzo el castigo;
 “Aquella se liberta de mi mano,
 “Y otro dará la muerte á mi enemigo.
 “O vana prevision! cálculo vano!
 “Falsa sabiduría á quien maldigo!
 “Mi poder conservarme no supiste,
 “Su falta no podrás suplir á un triste!”

LVII.

El despecho estas quejas arrancaba
 Al blasfemo, y se baña en llanto indigno;
 Su suerte cual muger débil lloraba
 De flaco corazón, seso mezquino.
 A la jóven no obstante deseaba
 Libertar del rigor de su destino;
 Mas su vida arriesgar teme el cobarde,
 Que el miedo prevalece al fuego en que arde.

LVIII.

En tanto que, en sus planes indeciso,
 Ni huir la tempestad, ni arrostrarla osa,
 A Eudoro lleva Doroteo aviso
 De la llegada á Roma de su esposa,
 Y como puesta en grave compromiso
 No dudó en confesar su fe animosa.
 Por caso tan feliz los parabienes
 Dan los santos al hijo de Lástenes.

LIX.

Aunque el peligro ve de su consorte,
 El Mártir de contento es inundado.
 “¡La primera, exclamó en santo trasporte;
 “Mi esposa á Jesucristo ha confesado!
 “Tal honra su candor justo es reporte,”
 “Ella es fiel! repetia alborozado:
 “Ya puedo abandonar en paz el suelo,
 “Vínculo eterno nos prepará el cielo.”

LX.

Un rayo de esperanza relucia
 En la otra lobreguez del cautiverio.
 La desgracia de Híeroeles podia
 Grandes cambios traer en el imperio;
 Constantino en las Gaulas reunia
 Numerosa legion contra Galerio;
 El nuncio que á Salona hizo el viaje,
 Tornar podia con feliz mensaje.

LXI.

En noche oscura un buque naufragando,
 Vése el nauta que apenas se sustenta,
 Beber la onda salada; si rasgando
 La nube falso albor, cerca le ostenta
 Una playa, se esfuerza y va nadando;
 Mas la luz se oscurece, y la tormenta
 Mas fuerte al infeliz al fondo lanza:
 Tal la suerte del fiel, tal la esperanza.

LXII.

Aun sonaba en la boca de los Santos
El cántico al Eterno, cuando entrara
El viejo Zacarías. “Vuestros cantos
“Seguid, hermanos míos, esclámara:
“Motivos hay de gozo y no de llantos.
“La palma del martirio se prepara
“Que en el cielo interceda por nosotros.”
“A un grande confesor de entre vosotros,

LXIII.

Cesa el himno, el silencio se sucede,
Cada uno ser la víctima quisiera,
Y repasa los títulos que puede
Presentar á tal honra. A la sincera
Humildad el deseo en todos cede;
Indigno cada cual se considera,
Desechando la idea su memoria
Como una tentacion de vanagloria.

LXIV.

Eudoro en paralelo entrar no osára
Con tanto confesor esclarecido,
De Mérito especial, virtud preclara,
Que ya su sangre por la ~~fl~~ han vertido.
Sublime incertidumbre, que cortára
Zacarías á Eudoro dirigido.
“Si la vida, hijo mio, en este suelo
“Te salvé, no me olvides en el cielo.”

LXV.

Viéranse allí Presbíteros, Prelados,
Los Confesores todos caer luego
Ante los piés del Mártir, y postrados
Sus vestidos besar, pedir su ruego.
En medio de estos viejos así echados
Eudoro en pié, con calma y en sosiego,
Parece á un cedro jóven que ve erguido
Todo un bosque á sus plantas abatido.

LXVI.

A este instante un Lictor, acompañado
De dos esclavos con luces, descendiera
A la cárcel oscura, y admirado
De escena tal, (el Mártir prosiguiera
Ante los piés de Eudoro arrodillado).
“O Rey de los cristianos! le dijera,
“De este pueblo á tu mando sometido
“¿Quién con nombre de Eudoro es conocido?”

LXVII.

“Yo soy,” responde el hijo de Lastene.
El Lictor su sorpresa redoblando:
“¿Eres tú, pues, á quien morir conviene?”
“Podiais conocerlo reparando
“El honor que aunque indigno se me tiene.”
Entonces un esclavo desrollando
El escrito fatal, lee en voz fuerte
La ordenanza de Publio de esta suerte:

LXVIII.

“Eudoro, en Megalópolis nacido,
 “Familia de Lasten, que en la Britana
 “Legion tribuno fué, tambien ha sido
 “De équites general, y á la romana
 “Dignidad de Prefecto fué ascendido,
 “De Festo al tribunal vendrá mañana:
 “De los fieles el Juez allí le espera
 “Para que inmole á Júpiter, ó muera.”

LXIX.

Eudoro se inclinó, y el Licor parte.
 Como jóven Canéfora, en la fiesta
 De la Diosa que es émula de Marte,
 Los ojos de la turba huye modesta
 Que ensalza su pudor, gracias y arte;
 Eudoro, á quien la palma estaba presta
 Del martirio, á un rincon así se lanza,
 Huyendo de los Santos la alabanza.

LXX.

El licor pide entonces misterioso
 Que en tiempo de afliccion al fiel servia,
 Y á Cimódoce escribe cariñoso
 Sus adioses. Su amor se difundia
 En estilo el mas tierno y mas piadoso.
 “Ven, concluye la carta, amada mia,
 “Ven al monte de mirra donde eterno
 “Amor te juntará tu esposo tierno.”

NOTAS.

Octava II.

Que dió al célebre Arquitas nacimiento.

(1) Arquitas nació en Tarento hácia el año 440 antes de Cristo. Fué filósofo, matemático, astrónomo, hombre de estado y general. Los Tarentinos le nombraron seis veces gefe de la República, y despues de su muerte le erigieron un sepulcro que se avistaba de lejos. Horacio habla de él en el lib. I. od. 22.

Octava XIX.

El *Hermes* de Zenódoro es notable

(2) Zenódoro, famoso escultor griego, fué encargado por los Arvenas, pueblos de las Galias, de fundir una estatua colosal de *Hermes* ó *Mercurio*. Neron le encargó tambien levantar en Roma la estatua de 130 piés de alto que debia representar á aquel Emperador.

Ibidem.

Flautista de Lisipo parecia

(3) Lisipo fué otro famoso escultor griego, que floreció en tiempo de Alejandro, y obtuvo con Apeles y